



NÚMERO 823

12 DE JULIO DE 1915

AÑO XXXII

REGALO A LOS SEÑORES ABONADOS A LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



1 a 3.—Trajes de verano

Ayuntamiento de Madrid



4 a. 7.—Blusas de novedad

SUMARIO

TEXTO. — Explicación del suplemento. — Descripción de los grabados. — Crónica de la moda. — Consejos útiles. — Los niños precoces. — Pensamientos. — Oliverio Twist, novela de Carlos Dickens (continuación). — Recetas culinarias.

GRABADOS. — 1 a 3. Trajes de verano. — 4 a 9. Blusas de novedad y trajes sencillos. — 10 a 12. Sombreros de niñas. — 13 a 22. Abrigos de viaje y faldas de novedad. — 23 y 24. Bata para interior de casa y patrones de la misma.

EXPLICACIÓN DEL SUPLEMENTO

FIGURÍN ILUMINADO. — Traje de batista listada, con delantero, cinturón y borde de falda de batista lisa, adornado con botones forrados de batista lisa. Cintas de terciopelo negro, pasadas por ojete cruzándose, guarnecen el cuerpo y el borde de las mangas.

DESCRIPCIÓN DE LOS GRABADOS

1 a 3. TRAJES DE VERANO.

I. Traje de crespón azul, guarnecido de tela de fantasía rayada de azul y blanco. Cuerpo abriéndose sobre un delantero blanco, adornado de un volante plegado que rodea el escote. Lazo de terciopelo negro y falda plegada.

II. Traje de crespón blanco y crespón de color cereza, guarnecido de calados hechos a máquina; interior de encaje, con cuello Médicis, corbata, cuello y cinturón de raso negro. Volantes de encaje en las mangas, con cintas de terciopelo negro.

III. Traje de muselina blanca, guarnecido de anchos entre-doses de malla bordada. Cuello plegado de tul. Cinturón de tafetán verde Imperio, con ancho lazo con caídas atado a un lado.

4 a 9. BLUSAS DE NOVEDAD Y TRAJES SENCILLOS.

I. Blusa de crespón de China muy ligero, con pliegues en los hombros. Mangas largas, delantero y cuello de organdí blanco y botones de fantasía.

II. Blusa de seda de fantasía, plegada en los hombros. Mangas largas, interior del cuerpo de muselina blanca y cuello de encaje muy fino.

III. Blusa de crespón de fantasía, con el escote y la parte inferior de las mangas adornados de tiras de crespón liso. Cuello de organdí blanco.

IV. Blusa estilo de camiseró, de tela ligera, con pliegues tabla, a ambos lados, con bolsillos. Mangas largas, cuello montante y botones redondos.

V. Traje ligero de linón de hilo, con el cuerpo y la parte inferior de la falda adornados de anchas tiras de bordado. Pliegues en el cuerpo y en la parte superior de la falda, para montarla. Cinturón muy ancho, de tafetán.

VI. Traje ligero, de velo blanco, con falda formada por tres volantes plegados, y lazos y cinturón muy ancho, de terciopelo negro. Cuerpo de velo, abierto sobre un delantero de organdí blanco. Mangas largas.

10 a 12. SOMBREROS DE NIÑAS.

Para la época de las vacaciones, nuestras lindas niñas necesitan sombreros prácticos y graciosos. Para las mamás es muy distinto: las formas son mayores y permiten preservar el rostro de los ardientes rayos del sol de verano, cosa muy conveniente. Las grandes pamelas, cubiertas de tul y encaje, son muy bonitas, y las caritas de una linda rubia o de una graciosa morena son siempre adorables, cubiertas sus cabecitas con esos sombreros. Los canotiers para las niñas mayores son muy prácticos, de forma sencilla, sin el menor adorno, y se hacen de tafetán a cuadros, que son encantadores, o también de tela de hilo; para las playas es el estilo más adecuado; para el campo viste más algún adorno, como una corona o guirnalda de flores, grupos de flores o de frutas: es siempre bonito, fresco y elegante, porque el campo permite más fantasías que las playas, donde el viento y las humedades se notan con harta frecuencia.

He aquí algunos sombreros para niñas de diversas edades: El I es un canotier de paja blanca o amarilla, guarnecido de cinta de tafetán glacé azul nattier, que forma dos vagas a los lados, y dos guirnalda de rosas color de rosa colocadas en la parte superior e inferior de la copa, orlando la cinta. Este canotier sienta bien a todas las edades.

El II es un canotier de paja blanca, con el borde orlado de una guirnalda de pequeñas rosas y florecillas silvestres, y una cinta de terciopelo azul marino rodeando la copa.

El III es una gran capelina de tul cubierta de encaje blanco, con la copa flexible, sobresaliendo el encaje del borde del ala. Una sencilla corona de hojas verdes rodea la copa: este

sombrero resulta tan lindo usándole una niña de seis años como una señorita.

13 a 22. ABRIGOS DE VIAJE Y FALDAS DE NOVEDAD.

I. Abrigo de tela inglesa a cuadros, muy ancho del borde, con cuello montante y botones de corozo.

II. Abrigo de terciopelo de lana liso, abrochado muy alto, con cinturón ancho, bolsillos a los lados y grandes botones de fantasía.

III. Abrigo de tela lisa, abrochado a un lado, con ancho cinturón de cuero, cuello de fantasía y botones redondos.

IV. Falda sencilla de tela a cuadros, con quillas de tela lisa y presillas ribeteadas.

V. Falda formando canesú a los lados, con pliegues hondos para proporcionar mayor amplitud a la falda, que está ribeteada por el borde con una trencilla de seda.

VI. Abrigo de paño liso muy suave, abrochado sobre el delantero. Cinturón de la misma tela y cuello Robespierre de terciopelo adecuado.

VII. Abrigo de tela lisa, con canesú recortado, pliegues hondos para dar amplitud, cuello alto y vuelto, cinturón muy ancho y botones de fantasía.

VIII. Abrigo muy ancho por el borde, abrochado a un lado. Bolsillos ocultos y ancho cinturón sujeto a ambos lados. Cuello alto y vuelto.

IX. Falda formando canesú orlado de galón de seda, con pliegues a los lados. Galón de seda señala el dobladillo.

X. Falda de novedad, con canesú formando dos ondas, por las cuales pasa un cinturón de cuero: el resto de la falda está cortado en forma.

CRÓNICA DE LA MODA

¿Para qué sirven los seudónimos? ¿Creen quizá los escritores que pican más la curiosidad del público tomando un nombre imprevisto, un nombre fuera de circulación? Se publican hoy demasiados libros para que la curiosidad pueda excitarse eficazmente por tales procedimientos. ¿Se dirá que los escritores toman los seudónimos para huir de odios particulares o por temor del Gobierno? La policía está bastante bien organizada, y la indiscreción es tan rápida, que un seudónimo no disimula nada. ¿Para qué, entonces, los seudónimos? No se sabe; pero lo cierto es que se multiplican.

Los hay conocidos de todo el mundo; el provin-



8.—Traje sencillo

ciano, que los retiene en su memoria, se convierte por eso sólo en un verdadero parisiense. Que Anatolio France se llama Thibaut, y Pedro Julián Viaud, y Gyp la condesa de Martel, no hay nadie que lo ignore. El señor Courteline ha hecho saber que se llama Moineaux, Quesnay de Baurepaire tiene por nombre literario el de Julio de Glouvet, como Calibán corresponde a Emilio Bergerat y Nestor o Colomba a Enrique Fouquier. La fama de Carán d'Ache es grande; pero muchos no saben que el nombre del célebre dibujante es Manuel Poirer, como ignoran que Renato Mayzeroy es el barón Toussaint.

Las mujeres son todavía más aficionadas que los hombres a ocultar su personalidad, ya porque temen el brillo demasiado violento de la gloria, ya por su amor al misterio, ya por la novedad o por modestia, o porque no les agrada lo vulgar de su verdadero nombre. Las que no son nobles se ennoblecen, y las que lo son suelen desdeñar sus títulos y sus partículas al mezclarse con la grey escritora, conservando, sin embargo, generalmente, su personalidad femenina en los nombres de adopción. Las señoras Blanc, Loiseau, Vincent y Durand firman Th. Bentzón, Daniel Lesueur, Arvedio Barine y Enrique Greville, y se comprende, dada la vulgaridad de sus nombres; Lucía Herpin firma, por su parte, Luciano Perey; la señorita Ligerot, Rogerio Dombie; la señorita Forponnés, Pablo Junka, y la baronesa de la Tombelle, Camilo Bruno, lo cual es menos comprensible, como tampoco se comprende la razón que hayan tenido las señoras Marniere, Rieuxpeyroux y Esnar de Belle para preferir a sus nombres los de Marini o Voila, Lucía de Alcá, y Gabriela de Arvor. La señora Valette ha elegido el seudónimo de Rachilde, la condesa Fleury, el de Ossit; la condesa Puliga, el de Brada, y la señora de Rute firma a veces Camilo Bernard, vizconde de Albeni. La señora Barzalón de Laspeyres se firma Manuel de Grandfort, cosa explicable; pero cuando se ve que a veces firma Safo, se queda uno al pronto cortado, aunque luego entra en deseos de conocer las obras que llevan semejante firma. El seudónimo más original es el de la señora Leconte de Nöuy, que suele firmar «El autor de



10 a 12.—Sombreros de niñas



9.—Traje sencillo

Amistad Amorosa», lo que prueba el valor que da a su primera obra, su modestia, al creer que no podía escribir otra mejor, y su deseo que se la designe por ese nombre, como se designa a los más famosos autores por el de sus obras más conocidas.

Mejor se comprenden los motivos que impulsan a las gentes de teatro, especialmente a las actrices, a tomar nombres de guerra, aunque la mayor parte lo hacen por esconder la vulgaridad de sus apellidos, habiéndose dicho, no sin razón, que el Conservatorio está lleno de hijas de porteras; los cómicos suelen salir del pueblo, y el pueblo lleva pocas veces nombres elegantes o graciosos: así, Jane Hading es Juanita Hadingue, la Dudley es Dulait; Delna, Ledant; Bertini, Brogniat; Marcela Lender, María Bastien; Marsy, Brochart; Cassive, Duval; Desclauzas, Armand; Odeta Dulac, Juana Latrille; Pierny, Pelle tier; Rejane, Reju; Bartet, Regnault; Elven, Cantón. Entre los cómicos puede citarse a Porel, que se llama realmente Parfouru; Lerand, Durand; Noblet, Grenoble; Germain, Poinet; en cambio, sólo se encuentra a las señoritas Calvé y Maguera que hayan preferido estos nombres a los de Emilia de Roquer y Magda de Clapier, que les corresponden por su nacimiento. Algunos artistas cambian sus nombres por deseo de tener uno más armonioso o llamativo que «suene mejor» en los carteles; tal sucede a las señoritas Chambón, Tricaud, Riever y Arnoux, que se han convertido en Rosa Syma, Thylda, Lavallière y Brandés; lo incomprensible es que la señorita Mazarín, que es natural no quisiera ver tan ilustre apellido en los anuncios, haya elegido el nombre de señorita Charles para substituirle.

La elección de seudónimo entre los escritores es una mera formalidad sin pretensiones, o simple asunto de gusto por la sonoridad o eufonía: Ratoín se convierte en Juan Gascuña; Durand Moriembeau, en Enrique des Houx; Simón, en Eduardo Lockroy; Causse, en Pedro Mael; Jogaud, en Marco Mario; Poignand, en Montjoyeux; Lebesgue, en Montorgueil; Urbano Roucoux, en Pablo Burani; Oirmeligen, en Jorge Vanor; Boex, en Rosny; Tornachón, en Nadar; Coste, en Talmeyr; Bouckey, en Couyba, etc. Otros han tomado nombres literarios, como el sabio Carlos Richet, que es al mismo tiempo Carlos Epheyre; el Dr. Cazalis, que es también el poeta Juan Lahor; el Dr. Encausse, que se firma Papius, y Pascual Grousset, que se llama Felipe Daryl o Andrés Laurie. Esto sin contar los seudónimos profesionales, como El Pasante, Un Papanatas, El Ujier del Prefecto, El Bombero de servicio, Pasos Perdidos, etc.; ni los propios de la vida parisiense, como el de Parisis, de Emilio Blavet; Hermeline, de Hermant; Graindorge, de Capus; Lysis, de Donnay; Manchecourt, de Lavedán; Eliacim, de Pablo Hervieu, etcétera.

CONSEJOS ÚTILES

Para precaverse contra el calor.
He aquí el decálogo del Dr. Labbe:
«1.º Evitad el sol fuerte, cubrid la cabeza con sombreros ligeros y cubrenucas.
2.º Vestíos con trajes ligeros, amplios y claros.
3.º Alimentaos con un régimen lacto vegetariano.



13 a 15.—Abrigos de viaje

- 4.º Comed frutas cocidas o peladas, y sobre todo, peladas.
 5.º Absteneos de conservas y toda clase de cremas.
 6.º Bebed agua filtrada o esterilizada e infusiones.
 7.º No toméis bebidas heladas, y sobre todo, no pongáis hielo en ellas.
 8.º No llevéis una vida demasiado moderada; haced ejercicios moderados.
 9.º Tomad baños y duchas frías.
 10.º Dormid con la ventana abierta y poco cubiertos de ropa.»
- Veamos ahora otro decálogo, el del Dr. Daveniere:
- 1.º Por la mañana te lavarás minuciosamente.
 - 2.º Llevarás vestido blanco, ligero y limpio.
 - 3.º Pasearás a la sombra.
 - 4.º No comerás carnes pesadas y pocas cosas crudas.
 - 5.º No beberás agua sin filtrar.
 - 6.º Beberás poco para no sudar mucho.
 - 7.º De día tendrás las ventanas cerradas.
 - 8.º De noche las abrirás de par en par.
 - 9.º Dormirás con una sola sábana.
 - 10.º Y leerás estos mandamientos 500 veces.»

Por su parte, el médico español D. Juan López de Rego aconseja lo siguiente:

«Las bebidas heladas y azucaradas como la horchata, limón, mantecado, etc., tienen el doble inconveniente de perjudicarnos con su frío y con su azúcar; creemos combatir el calor y lo que hacemos es provocarlo y almacenarlo. Provocar, despertando en el estómago y vías que a él conducen, una reacción de intensidad proporcional al enfriamiento producido, y almacenarlo introduciendo en el organismo una dosis de 25 gramos de azúcar, que necesariamente habrá de desarrollar cien calorías durante su transformación.

La reacción determinada por un líquido helado (2º a 5º sobre 0) es, aunque perjudicial, pasajera, pero las 100 calorías desarrolladas por los 25 gramos de azúcar nos obligarán a beber agua antes de que transcurran dos horas, y el agua, innecesariamente bebida, aumentará la presión cardíaca haciéndonos sudar el exceso de líquido.

Una pequeña cantidad de agua fresca o a temperatura natural (12º, 15º y 18º) basta para calmar la sed, y si se le añaden algunas gotas de zumo de limón, producirá efectos refrigerantes muy duraderos.

El baño calma la sed porque, según ha demostrado Schrot, también se bebe por la piel. Durante los días caniculares se suda copiosamente y el sudor es otro de los medios naturales de refrigeración que conviene respetar, pues resulta peligrosísimo substraerse a las molestias que ocasiona.

Cuando el sudor baña nuestra frente, es lícito y razonable enjugarlo, pero es irracional activar su espontánea evaporación haciéndose aire con el abanico, y mucho peor todavía someterse a la corriente de un ventilador.

Agua fresca ligeramente acidulada con zumo de limón, aprovechamiento de las corrientes de aire que continuamente se producen en los límites del sol y la sombra, trajes de color claro que rechacen los rayos térmicos del sol y bastante holgados para que no acumulen los productos de la evaporación cutánea, he aquí los medios racionales y eficacísimos para defenderse del calor.»

LOS NIÑOS PRECOCES

En varios números de *La Revue*, de París, aparecieron las confidencias de multitud de celebridades contemporáneas en todos los órdenes de la cultura humana: poetas, novelistas, sabios, músicos, pintores y escultores, que concurrían gustosos a la información abierta con el fin de averiguar si estas celebridades habían demostrado sus especiales aptitudes desde temprana edad, y si la precocidad de sus talentos respectivos había sido contratada o facilitada en su evolución y desarrollo.

Estudiado el conjunto de las confidencias hechas, apenas pueden sacarse conclusiones dignas de ser

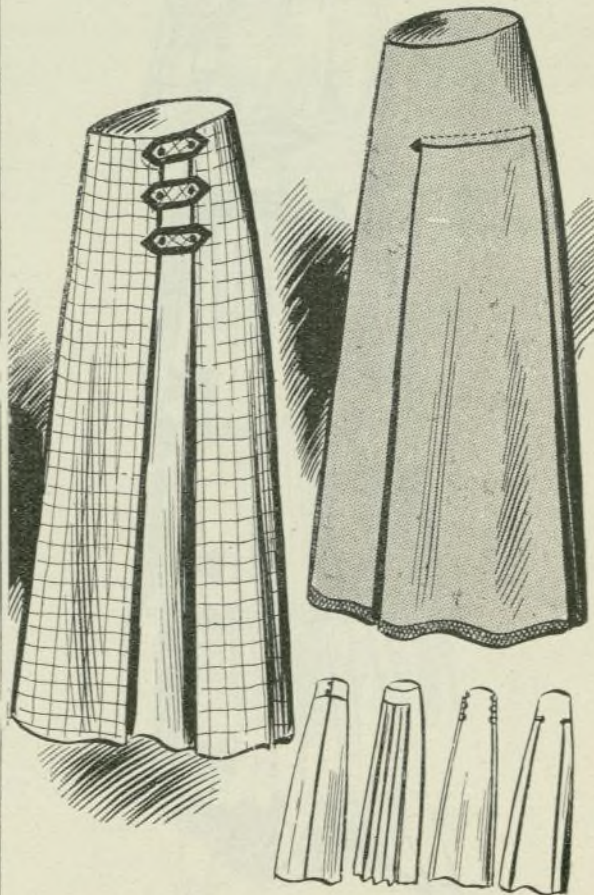
consignadas y suficientemente garantizadas por los hechos, pues éstos son con frecuencia contradictorios: hay precocidades que se desarrollan dando todo lo que prometen, y otras que se marchitan en seguida; lo único que puede afirmarse con certeza es que todos los llamados a ser la admiración de sus contemporáneos han sabido leer y escribir entre cinco y ocho años, dando inequívocas pruebas de su talento entre los doce y quince, y que, en tesis general, los niños prodigios, según el testimonio de padres, maestros y sabios, suelen dar desconsoladores desengaños.

Entre los muchos informes recogidos, reproducimos únicamente el del pintor Raffaelli, por la espontaneidad y sinceridad que respira y por ser de los más curiosos y movidos. Helo aquí:

Me preguntáis—dice—«a qué edad y bajo qué influencias se han despertado las primeras manifestaciones de mi genio». Buscó en Littré la palabra *genio*, y encuentro «el más alto grado a que puedan llegar las facultades humanas»; es evidente que esta definición no define nada. Yo propondría definir el genio así: «El genio es la facultad que tienen los hombres de inventar según sus necesidades instintivas». El genio es la facultad de invención. Los inventores son hombres dotados de genio; hay genio en cada uno de nosotros, de arriba abajo de las alturas de las facultades humanas. Desde el artista o el sabio que inventan una obra a imagen de las necesidades de su alma, hasta la cocinera que inventa el modo perfecto de sazonar un plato fino, hay acto genial.

Esta facultad de inventar la encuentro en mí desde mi más temprana edad: yo he inventado siempre y siempre he vivido en un mundo fabuloso de mi invención. Yo me vuelvo a ver con la imaginación a la edad de cuatro años, en el jardín de una casa que tenía mi familia en la calle Raynouard, en Passy: el sencillo y amable jardín que poseíamos me parecía un parque magnífico y suntuoso; los árboles eran allí gigantescos y floridos; los más sencillos bosquecillos de lilas aparecían a mi espíritu como bosques vírgenes en flor; el gallinero, con su veintena de gallinas, me parecía contener todos los animales de la Creación en lucha, ardientes en la vida, trastornando la naturaleza; el cielo era infinito; la tierra, desconocida e inmensa; el mundo, poblado de belleza, de dicha y de gozo. ¡Y yo caminaba, un hombrecito, entre nubes fabulosas y magníficas!

Me dirán que eso es lo corriente, lo que se llama la imaginación de los niños. Así lo creo yo también; y, sin embargo, pienso que los jardines que yo ima-



16 y 17.—Faldas de novedad



PL 144

Gaston DROUET, Editeur Paris

EL SALON DE LA MODA

Montaner y Simon Editores Barcelona.

Reproduction Prohibida

XXIX - 823

CRISTOL-TOCADOR
antiseptico para el tocado intimo
de las **SEÑORAS**
Cura las afecciones uterinas
VIAL - PARIS, y todas las farmacias

*Solución Pautauberge, el
remedio más eficaz para curar enfer-
medades del pecho las toses recientes y
antiguas las bronquitis crónicas.*



La "**CRÈME SIMON**", Es un
producto maravilloso para el
cuidado del rostro y su belleza.
— Polvo de arroz y jaboncillo
à la "Crème Simon".

Ayuntamiento de Madrid





18 a 20.—Abrigos de viaje

ginaba a mi alrededor, los imaginaba más hermosos que todos los imaginados por la mayor parte de mis compañeros. Aquella vida imaginativa se ha perpetuado, por otra parte; y si con frecuencia me aílo, es porque prefiero vivir mis sueños, que siguen siendo aturdidores de magnificencia y de grandeza. ¿Es que el niño se ha perpetuado en el hombre? ¿Es que ahí está una de las condiciones del genio en las artes? ¡Quizá!

Por la noche, en mis sueños, el más frecuente es el de levantarme en el aire por un esfuerzo de mi voluntad. Este sueño, tan frecuentemente repetido, se me figura tan real, que me ha ocurrido a veces despertarme, levantarme y ensayar de veras si me sería posible elevarme en el aire por un esfuerzo de la voluntad; ¡y siempre me ha desesperado mi impotencia!

En cambio de estos sueños ambiciosos, puedo contaros este hecho: Un hombre, bastante estúpido y vulgar, a quien yo hablaba un día de mis sueños y al que citaba aquel sueño tan repetido, me dijo: «¡Es extraño! ¡Yo, en cambio, sueño siempre que caigo, bajo, muy bajo!» De donde deduje que un hombre ambicioso de elevación sueña sin cesar subir más arriba, y el espíritu bajo sueña siempre que cae más abajo.

Y yo me aílo de los demás. Tengo pocos amigos, y continúo viviendo mi sueño magnífico.

Yo fui un mal escolar. Era siempre el primero en matemáticas y en gimnasia. ¿Por qué? Sin duda me apoderaba de los medios de cálculo y de energía física capaces de ayudarme a realizar mi ardiente sueño.

En dibujo estuve siempre entre los últimos; me daban modelos y los devoraba y reproducía en una hora; estaban mal, pero yo había satisfecho mi deseo ardiente; el primero de la clase era un imbécil que se pasaba seis meses enteros en reproducir hasta el grano del papal de su modelo. Yo he sido siempre músico; siempre he cantado; a los diez años era solista en la iglesia del colegio en que me habían colocado; representaba comedias y cantaba en los repartos de premios y en las fiestas. Pedía a mis amiguitos versos y los leía, cantándolos sobre un aire que inventaba al leerlos. Má tarde debía mostrar talento en todas las artes, pero puedo decir que nunca he sabido ninguna; no hubiera tenido tiempo.

A los doce años escribía comedias y dramas, y organizaba una compañía y representaciones, y hasta componía la música de las óperas cómicas. He practicado absolutamente todas las artes, sin haber aprendido jamás ni una sola. La audacia, la confianza en mi fuerza no me faltaron nunca.

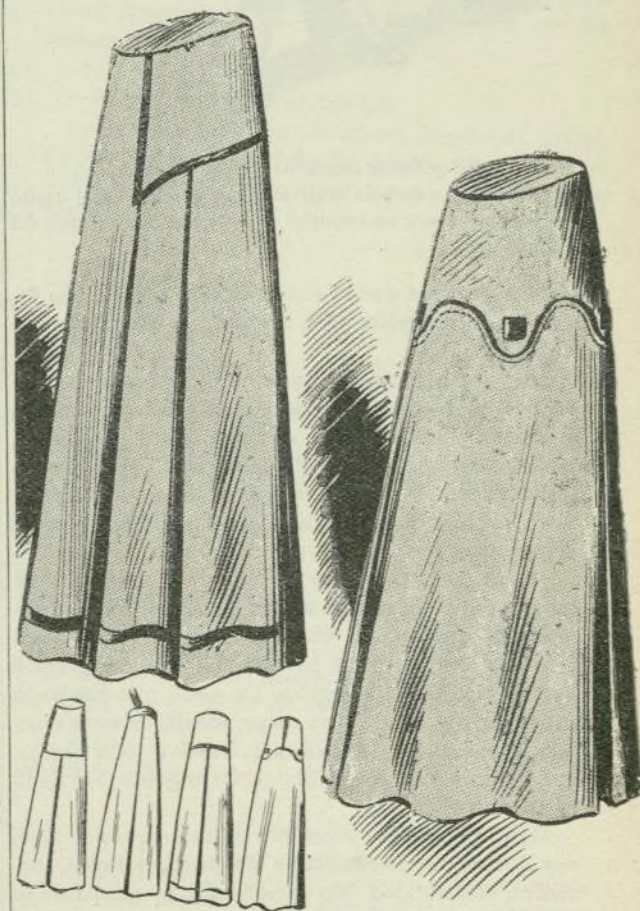
He aquí cómo llegué a ser pintor. En 1869 tenía diez y nueve años; buscaba una posición y no sabía orientarme; la miseria había entrado de repente en mi familia, y me era preciso vivir y ayudar a los míos. Resolví ser pintor. Hubiera practicado, por lo demás, cualquier otra carrera. Pero ¿cómo? Era preciso vivir. El Salón iba a abrir sus puertas, y resolví enviar un cuadro. Me dijeron que tenía que ir a la Escuela de Bellas Artes, pero ¿cómo? Pregunté a un amigo que estaba en casa de un decorador de teatro, para saber lo que se necesitaba para hacer un cuadro, y me dijo: «Un lienzo, colores, una paleta y

pinceles». Lo compré todo, e hice un cuadro de idea *sin haber hecho jamás un estudio en mi vida*. Lo envié al Salón y... ¡fue admitido! Después... me han rechazado, muchos años, en ese mismo Salón. Y después... he suprimido, por mi descubrimiento, la paleta, los pinceles...

Quiero contaros otra anécdota. Tenía seis o siete años cuando mi padre me dijo: «Serás un gran abogado». Pero yo le miré de soslayo, no sabiendo bien cuál era en la vida el papel de abogado, y le dije: «¡No; quiero ser jefe!» Vuelvo, pues, a encontrar en mi infancia esta idea de ser jefe; en mi familia había habido jefes. Más tarde, Goncourt ha descubierto en mi conversación esa misma necesidad ardiente de mando, cuando escribía de mí en sus Memorias el 18 de febrero de 1888: «Pasa parte de la noche en leer y escribir, pues tiene una enorme ambición y el deseo irritado de llegar a ser el primero de todos, en pintura, en literatura, en música, en todo».

El arte, todas las artes me han turbado siempre infinitamente en mi juventud. En una propiedad que poseíamos en Caluire, cerca de Lyon, a orillas del Saona, tuve ocasión de ver frecuentemente a un vecino nuestro, un pintor: era un hombre muy alto, con una larguísima barba negra, que andaba con aire inspirado y parecía pasar sin ruido por encima de las cosas...; por lo menos, así lo veía mi imaginación. Trabajaba en el campo, y yo estaba desolado de ver que los chicos le rodeaban y no podía descubrir su trabajo misterioso. Yo me dije que aquello era por su parte una impotencia, y he aquí lo que ideé. Cogí una planchita de madera y un simple lápiz; iba al punto que quería pintar, y allí, en la planchita, marcaba una infinidad de puntos negros, que me indicaban el sitio donde empezaban las casas, el trazado de los árboles, etc.; trabaja así una o dos horas, miraba bien el espectáculo que quería reproducir y me levantaba después gravemente, encantado de que los chicos que me habían rodeado no habían podido distinguir nada de mis proyectos y que éstos hubieran permanecido ocultos para «aquella multitud». En traba luego en casa de un pariente, y allí, de memoria, con ayuda de los puntitos negros, pinté una *Isla Bárbara*, que siempre he conservado.

¿Qué puede deducirse de esta anécdota? Que había ya en mi joven imaginación el deseo de encontrar medios de expresión—que debían venir a parar a esta invención de los colores al óleo sólidos que acabo de hacer y que va a revolucionar nuestro arte—y el deseo de ser desconocido del vulgo, de no hacer como los demás, de asombrar, de dirigir. Y Baudelaire cita el deseo de asombrar como peculiar del ar-



21 y 22.—Faldas de novedad



23.—Bata para interior de casa

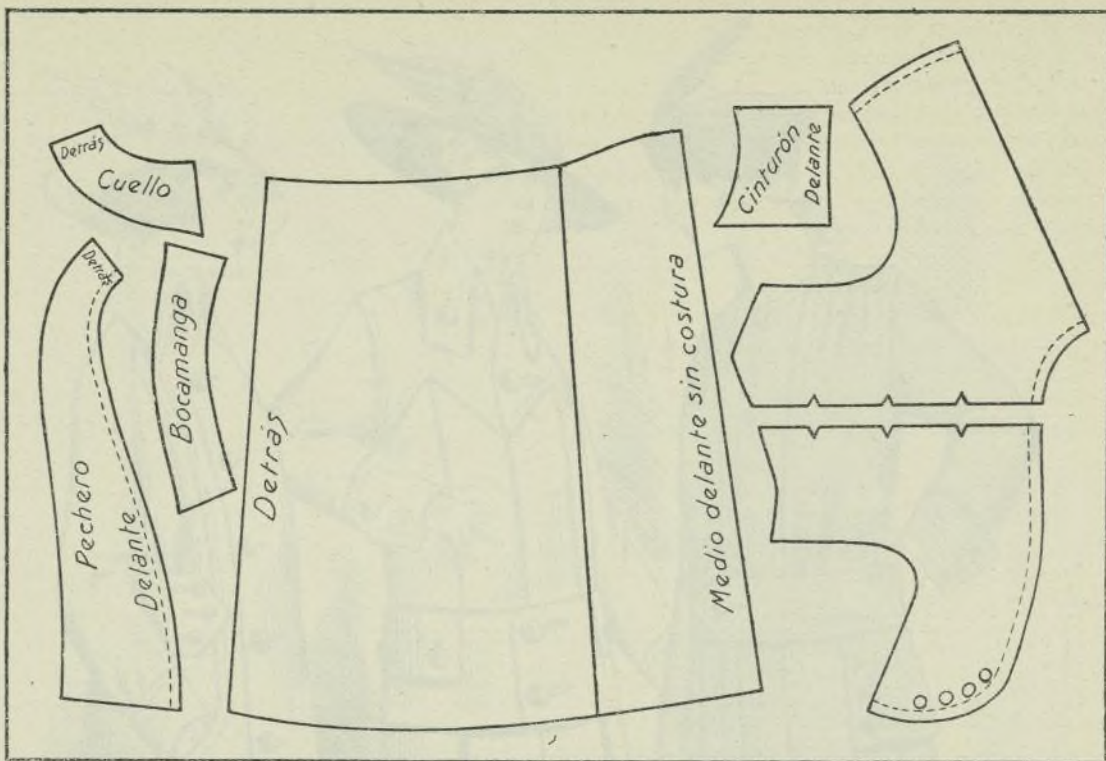
Es de muselina de lana, adornada con puntilla en el cuello y bocamangas, y un cinturón de seda del mismo tono del género.

tista; y Courbet decía: «Salvaría con gusto a una joven de un incendio, pero me gustaría que fuese ante mil personas.»

Hoy que he podido afirmarme sucesivamente pintor ilustrador, cantor, compositor de música, literato, grabador, conferenciante, escultor, actor e inventor, puedo decir que he tenido muy poco mérito en hacer todo eso. No he tenido que hacer más que seguir mis impulsos del día, y tenía que seguirlos, porque eran imperiosos.

Voy a decir cómo he llegado a ser inventor. En noviembre de 1901 casé a mi hija única. Experimenté el sentimiento que sufre todo padre cuando ve a su único hijo partir de su casa. La vida me pareció pesada, penosa, sin alegrías. De veras que perdía la cabeza. ¿Qué hacer para curar aquella tristeza terrible de que no podía librarme? Resolví, para cuidar me, emprender cosas difíciles. Pero ¿qué? ¿Me dedicaría a las ciencias!

Mandé venir tres veces por semana a varios jóvenes doctos que me hablasen de física, química, mecánica, electricidad. No comprendía ni chispa de lo que decían; pero, sin embargo, presentía ciertos puntos débiles en todo ello. Y resolví dar cuerpo a to-



24.—Patrones de la bata

das aquellas cosas, y entonces, en el espacio de dos meses, habiendo dirigido mi espíritu concretamente sobre algunos de aquellos puntos..., ¡hice veintidós invenciones!

En cuanto tenga un poco de tiempo libre las llevaré a cabo. Y se verá que he sabido, de mi tristeza de padre, sacar resultados para todos.

La gran cuestión en arte es sentir violentamente. Y tener una gran imaginación. Y ser audaz y sencillo. Y entonces ya no hay más que expresarse. Y eso es fácil: «siempre se puede llegar a expresar lo que se siente con pasión.»

F. A.

PENSAMIENTOS

Siempre alcanzará más un discreto solo, que una gran turba de necios; como verá mejor el sol un águila sola, que un ejército de lechuzas.

FRAY BENITO JERÓNIMO FEIJOO

La discreción es el dominio de sí mismo para callar lo que se debe.

MANUEL DE SEIJAS LOZANO

En la boca del discreto
lo que es público es secreto.

JUAN CARLOS AMAT

El traidor aun al que sirve con la traición es odioso. El leal es grato al mismo contra quien obró.

DIEGO DE SAAVEDRA FAJARDO

Personas hay que hacen traición a sus amigos para demostrarles que les son fieles.

MADAMA SWETCHINE

Tu lengua no sea intérprete de tu mentira.

SOLÓN

El mal hombre daña al que le hace bien como al que le hace mal.

SÓCRATES

¿Acaso cuando ves una víbora encerrada en una caja de oro, no te causa el mismo horror? Haz, pues, otro tanto con los malos cuando les veas nadar en el oro y la opulencia.

EPICTETO

Los hombres ¿pueden hacer bueno lo que es malo y malo lo que es bueno?

CICERÓN

Un solo bien puede haber en el mal: la vergüenza de haberlo hecho.

SÉNECA

Ni hemos de hacer mal ni cosa que parezca mala.

SAN BUENAVENTURA

OLIVERIO TWIST

NOVELA DE CARLOS DICKENS

(Continuación)

—¡Dios mío!, ¡qué agradecido es este pobre niño!, dijo la anciana con lágrimas en los ojos. ¡Pobre niño! ¡Qué placer experimentar su madre, si después de haberle velado como yo, le contemplara en el estado en que ahora le veo!

—Tal vez ella me ve, murmuró Oliverio cruzando las manos; tal vez ha velado cerca de mí, señora: me parece que está allá.

—Esto es efecto de la fiebre, hijo mío, dijo aquella buena señora con tono afectuoso.

—Es probable, contestó Oliverio con aire pensativo: el cielo está muy lejos y es allá uno demasiado feliz para bajar hasta la cama de un niño; mas si ella ha sabido que yo estaba enfermo, me habrá compadecido mucho: ¡ella sufrió tanto antes de morir! No, ella no puede saber lo que está sucediendo, añadió Oliverio después de un momento de silencio, puesto que si me hubiese visto abatido, hubiera estado triste, y en mis sueños se me ha representado con cara alegre y risueña.

La anciana no contestó nada, limpió sus anteojos que estaban encima de la cama, dió a Oliverio una bebida refrescante, y pasándole afectuosamente la mano por la mejilla, encargó que estuviera abrigado y tranquilo, para no recaer en su enfermedad.

Oliverio no replicó, porque se proponía obedecer de corazón a la anciana, y a decir verdad también porque las palabras que acababa de pronunciar habían agotado sus fuerzas. Se durmió dulcemente y fué despertado por la luz de una bujía que alumbró de repente su cama, dejándole ver un caballero que llevaba un grueso reloj en la mano y que tomándole el pulso declaró que le encontraba mucho mejor.

—Os halláis mucho mejor, ¿no es verdad, amigo mío?, dijo a Oliverio.

—Sí, señor, gracias, contestó éste.

—Ya sabía que seguíais bien, dijo el caballero. Tenéis hambre, ¿no es verdad?

—No, señor, repuso Oliverio.

—¡Hem!, murmuró el doctor. No, yo sabía bien que no teníais hambre. No tiene hambre, señora Bedwin, añadió con tono sentencioso.

La anciana hizo una señal de respeto con la cabeza, pareciendo significar que ella miraba al doctor como muy sabio; éste tenía formada de sí mismo la propia opinión.

—Tenéis sueño, ¿no es verdad, amigo mío?, dijo el doctor.

—No, señor, respondió Oliverio.

—¿No tenéis sueño?, repuso el doctor con aire satisfecho: y tampoco debéis tener sed, ¿es cierto?

—Sí, señor, tengo mucha, dijo Oliverio.

—He aquí justamente en lo que quería fijarme, señora Bedwin, añadió el doctor. Es natural que tenga sed, pero esto no importa. Podéis darle un poco de te o bien agua de pan. No le tengáis demasiado abrigado, pero cuidad de la misma manera que no se enfríe. ¿Me dispensaréis este favor?

La anciana hizo un profundo saludo, y el doctor, después de haber probado la bebida y apreciado sus cualidades, salió como un hombre atareado, bajando la escalera de prisa y haciendo mucho ruido con las botas con aire de importancia.

Oliverio se aletargó de nuevo y cuando se despejó su cabeza era cerca de media noche. La anciana le dió con afecto las buenas noches, confiándole a los cuidados de una mujer gruesa que acababa de entrar en el cuarto, llevando en la mano un libro de oraciones y un gorro de dormir. Dejando aquél sobre la mesa, púsose el gorro, y después de haber manifestado a Oliverio que ella quedaba velando, sentóse cerca del brasero y comenzó a dormir, sobresaltándose con frecuencia y volviéndose a dormir de nuevo.

La noche pasó así poco a poco. Oliverio estuvo algún tiempo despierto ocupado en contar los pequeños círculos luminosos que los cristales proyectaban en el techo o examinando el dibujo complicado que adornaba las paredes.

Al amanecer el silencio que reinaba en aquel cuarto imponía de tal manera que hizo temer al muchacho que la muerte se había cernido sobre su cabeza durante muchos días y noches y que podía volver aún sombría y terrible: por esto en aquellos momentos y con tan tristes pensamientos, se incorporó y dirigió al cielo una ferviente oración.

Poco a poco durmióse con ese sueño profundo y apacible que sólo puede procurar el cansancio de un reciente sufrimiento: reposo saludable y provechoso del cual no se desea salir. Y si aquel fuera el reposo de la muerte, ¿quién quisiera salir de él para sufrir de nuevo las penas y las luchas de la vida, para encontrarse otra vez con las tristes eventualidades del presente, con las inquietudes sombrías del porvenir, y sobre todo, con los amargos dolores del pasado?

Era muy entrado el día, cuando Oliverio despertó: al abrir los ojos experimentó un sentimiento de placer y bienestar: la crisis había pasado ya, y se encontraba todavía en este mundo.

Tres días después pudo levantarse y le sentaron en una silla guarnecida de almohadones; como estaba aún muy débil para poder andar, la señora Bedwin le hizo trasladar a su mismo cuarto colocándole delante del brasero: sentóse ella cerca del mismo y en medio de su alegría al verle fuera de peligro empezó a sollozar fuertemente.

—No hagáis caso, amiguito, dijo la anciana: sed más valiente que yo: ya pasó, aquí me tenéis repuesta.

—Sois muy buena para mí, señora, dijo Oliverio.

—No habléis de esto, amigo mío, contestó la anciana: vais a tomar una taza de caldo; el médico ha dicho que el señor Brunlow tal vez vendría a veros esta mañana, y es necesario que os encuentre bien, puesto que cuanto mejor estéis más contento estará.

En seguida la anciana hizo calentar en una pequeña cacerola una toma de caldo que era tan substancioso que podía servir para alimentar a lo menos ciento cincuenta pobres del asilo de mendicidad.

—¿Os gustan los cuadros, hijo mío?, preguntó la señora Bedwin, al ver que Oliverio miraba con atención un retrato colgado en la pared enfrente de él.

—No lo sé, señora, dijo Oliverio sin quitar los ojos de aquel lienzo; he visto muy pocos, y nada entiendo en ello; pero ¡qué hermoso y que simpático es el rostro de esa señora!

—¡Ah!, hijo mío, los pintores embellecen siempre las mujeres, sin lo cual perderían todo su mérito. El hombre que inventara un aparato para poder sacar con exactitud la semejanza, es probable que no tendría nada que hacer; esto es cierto, muy cierto, repitió la anciana sonriendo de su malicia.

—Este que está aquí, ¿se parece a alguien, señora?, preguntó Oliverio.

—Sí, dijo la anciana dejando un momento de mirar el caldo; es un retrato.

—¿De quién, señora?, repuso Oliverio con interés.

—En verdad, yo no lo sé, contestó resueltamente la anciana; supongo que será de alguna persona que ni vos ni yo hemos conocido. Parece que os llama mucho la atención, hijo mío.

—¡Es tan hermoso!, ¡tan bello!, replicó Oliverio.

—No creo que os dé miedo, dijo la anciana observando el aire de profundo respeto con que el niño contemplaba el retrato.

—¡Oh!, no, no; pero sus ojos tristes parecen estar fijos sobre mí. El corazón me late fuertemente, añadió Oliverio en voz baja, como si esa señora quisiera hablarme y no pudiera.

—¡Dios mío!, exclamó la señora Bedwin, no digáis esas cosas, amigo mío: vos sois muy nervioso; esto es el efecto de vuestra enfermedad. Dejadme volver la silla del otro lado, para que no veáis este retrato; vaya, añadió acompañando la obra a la palabra, ahora ya no podéis verle.

Oliverio le veía, sin embargo, con los ojos del alma, tan claro como si no hubiese cambiado de posición; mas temía importunar a la anciana y procuró tranquilizarse: cuando la señora Bedwin tuvo el placer de verle así, echó sal al caldo y cortó en seguida unos pedacitos de pan tostado con toda la atención que requiere semejante operación. Oliverio tomó esta sopa con toda la presteza posible, y no había acabado de llevar a la boca su última cucharada cuando llamaron suavemente a la puerta.

—Adelante, dijo la anciana.

Entonces apareció el Sr. Brunlow. Avanzó con paso ligero; pero apenas acababa de ponerse los anteojos sobre la frente, y de cruzarse de brazos para ver mejor al niño, cuando su semblante se contrajo, cambiando varias veces de expresión.

Abatido por la enfermedad, Oliverio por respeto a su bienhechor hizo un esfuerzo inútil para levantarse, mas cayó en seguida sobre su asiento; y el Sr. Brunlow, que tenía ordinariamente más corazón que seis ancianos juntos, sintió que salían de sus ojos abundantes lágrimas, cuya causa no intentaremos explicar porque no somos filósofos.

—¡Pobre niño!, ¡pobre niño!, dijo intentando aclarar su voz. Esta mañana, señora Bedwin, me he puesto ronco; temo haber cogido un resfriado.

—Yo espero que no, contestó ésta. Toda vuestra ropa está bien seca, señor.

—Esto no es exacto, señora Bedwin, dijo el señor Brunlow: yo creo que ayer a la hora de comer me disteis una servilleta húmeda; mas no hablemos ya de esto. ¿Cómo os encontráis, amiguito mío?

—Bien dichoso y reconocido a vuestras bondades, contestó Oliverio.

—¡Querido niño! dijo Brunlow, repuesto de su emoción. ¿Le habéis dado de comer, señora Bedwin? Una sopa caliente, ¿eh?

—Acabo de darle una taza de caldo excelente, respondió la señora Bedwin, recalando la última palabra, para hacer notar sin duda la calidad de lo que acababa de tomar.

—¡Bah!, replicó Brunlow encogiéndose de hombros, algunas gotas de un vino generoso le hubieran sentado mejor, ¿no es verdad, Tom White?

—Yo me llamo Oliverio, contestó el niño sorprendido.

—¿Oliverio?, dijo el señor Brunlow; ¿Oliverio qué? Oliverio White, ¿verdad?

—No, señor, Oliverio Twist.

—Extraño nombre, dijo el anciano. ¿Por qué pues dijisteis al juez que os llamabais White?

—Yo no he dicho nunca esto, respondió Oliverio.

Esto parecía una mentira y el señor Brunlow lanzó sobre Oliverio una mirada severa; sin embargo, no había que dudar de su palabra, pues la verdad se reflejaba en todas sus facciones.

—Esto sin duda es una equivocación, dijo el señor Brunlow.

Y aun cuando no tenía motivo para mirar fijamente de nuevo a Oliverio, la semejanza de éste con alguna otra persona conocida suya, se le fijó otra vez en la imaginación de una manera tan tenaz que no podía dejar de contemplar al muchacho.

—¿Yo espero que no estéis enfadado conmigo, señor?, dijo Oliverio levantando sus ojos suplicantes.

—No, no, replicó el anciano. ¡Dios mío!, añadió, ¡qué veo!, señora Bedwin, ¡mirad!

Y al decir esto señalaba con su dedo a Oliverio y al retrato que había colgado encima de él, pues el rostro del niño era la copia exacta del retrato: los mismos ojos, la misma boca, las mismas facciones. En aquel momento la semejanza era perfecta y todas las líneas del semblante parecían estar reproducidas con una precisión asombrosa.

Oliverio ignoraba la causa de esta exclamación súbita: estaba todavía débil para resistir la emoción que le causó y quedó desvanecido.

Quando el *Truhán* y su digno camarada Bates, después de haberse apropiado de una manera tan ilegal el pañuelo del señor Brunlow, se mezclaron entre la multitud que perseguía a Oliverio, como hemos dicho anteriormente, fué odedeciendo a un sentimiento loable y meritorio, cual es el de la conservación de sí mismos. Como el respeto a la libertad individual es uno de los privilegios que más enorgullecen a los ingleses, no tengo necesidad de hacer observar que la huida de aquellos jóvenes pilletes debía vindicarles en concepto de los buenos patriotas. Esto explica que se volvieran verdaderos filósofos, desde que la atención general se fijó sobre Oliverio; que dejaran de perseguirle, y que buscando un camino corto y retirado echaran a correr con la ligereza que les fué posible. Después de haber recorrido varios pasajes y calles estrechas, se pararon de común acuerdo debajo un arco sombrío, y así que hubieron tomado aliento, Bates dió un grito de alegría y en el transporte de la misma se aturdió a fuerza de reír concluyendo por echarse al suelo.

—¿Por qué te ríes de esta manera?, preguntó el *Truhán*.

—¡Jal, ¡ja!, ¡ja!, aulló Charlot Bates.

—No hagais tanto ruido, observó el *Truhán* mirando a su alrededor con inquietud. ¿Quieres que te cojan, animal?

—Esto es más de lo que se puede resistir, dijo Charlot; ya no puedo más. Cuando él seguía corriendo una calle después de otra, tropezaba con lo que encontraba, mas como si fuera de hierro emprendía su marcha con nuevo ardor, y yo con el pañuelo en el bolsillo iba gritando cerca de él: ¡al ladrón!, con todos mis pulmones.

La viva imaginación de Bates le recordaba aquella escena bajo un aspecto tan cómico, que no pudo continuar y se tumbó otra vez en el suelo, casi ahogándose a fuerza de reír.

—¿Qué va a decir Fagin?, preguntó el *Truhán* aprovechando un momento en que Bates tomaba aliento.

—¿Qué?, dijo Charlot.

—Sí, ¿qué?, replicó el *Truhán*.

—¡Y bien!, ¿qué puede decir?, preguntó Charlot, poniendo fin a su acceso de alegría al ver que el *Truhán* hablaba con tono serio: ¿qué es lo que puede decir?

(Continuará.)

RECETAS CULINARIAS

Macarrones a la italiana

Se prepara un buen estofado, procurando que no se queme y que la salsa tome un color bastante obscuro. Cuando sea necesario echarle caldo, éste será del puchero. Los macarrones se ponen a blanquear o cocer con sal y agua hasta que tomen el punto de cocimiento que más acomode, según el gusto de quien ha de comerlos. Después se echan en un tamiz para que escurran bien, y en seguida se pasan a una cacerola que tenga manteca de vaca, o de cerdo si se prefiere, la que se conserva cerca del fuego para que no se enfríe y se rehoguen bien los macarrones. La salsa o caldo del estofado se pasará por un tamiz y se colocarán los macarrones en una fuente por capas, entre las que se pondrá queso rallado parmesano y salsa alternativamente hasta el total. Ténganse después unos diez minutos en el horno y sírvanse calientes.

Estofado de vaca

Se pone la carne en un puchero, cortada en pedazos regulares, con dos o tres cebollas y un clavo de especia, una cabeza de ajos sin pelar, una hoja de laurel y orégano, una copa de vino, perejil y una jícara de aceite por libra de carne; se rehoga todo a fuego lento y se menea a menudo; póngase un papel de estraza en la boca del puchero y una taza de agua encima.



LA EMPERATRIZ EUGENIA

Apuntes históricos íntimos, por J. B. ENSEÑAT

Un tomo lujosamente encuadernado, 5 pesetas para los suscriptores a esta ILUSTRACIÓN.

AVISO A LAS SEÑORAS

EL APIOL DE LOS RES

JORET-HOMOLLE

CURA
LOS DOLORS, RETARDOS,
SUPRESIONES DE LOS
MENSTRUOS

F^{ta} G. SÉGUIN - PARÍS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

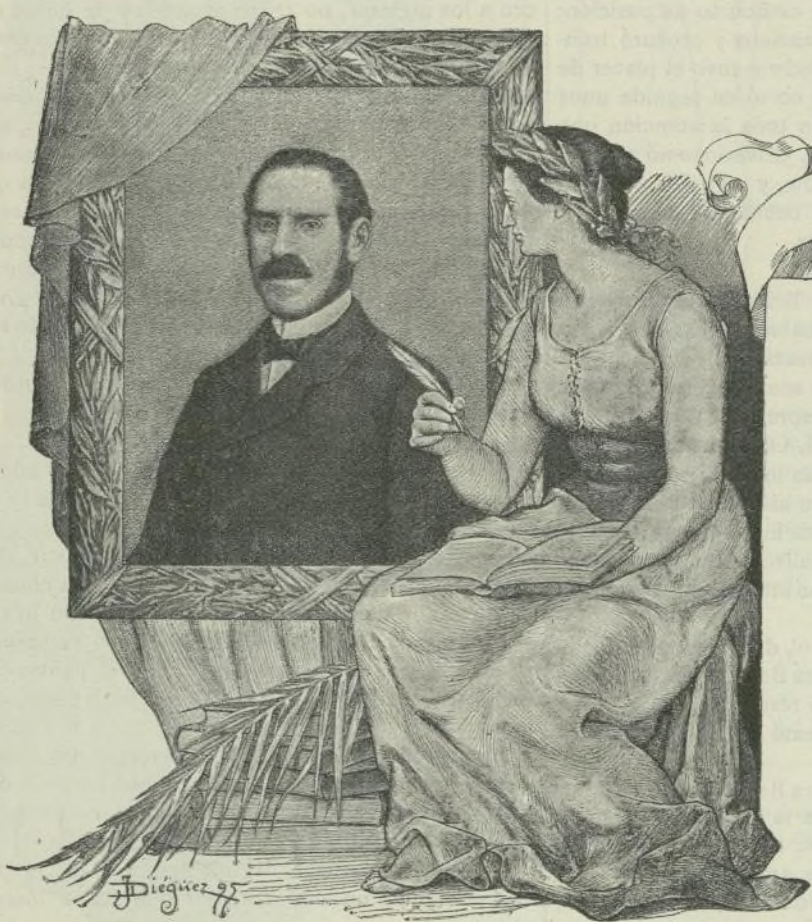
ANEMIA

DEBILIDAD NEURASTENIA TISIS
Todos los Medicos proclaman que

el VINO y el JARABE **DESCHIENS** (PARIS)
á la Hemoglobina

CURAN SIEMPRE

ANEMIA DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
El mas activo y economico, el unico Inalterable.—Existe el Verdadero. 14.R. Beaux-Arts, Paris.



Historia General de España

DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS HASTA LA MUERTE DE FERNANDO VII

POR D. MODESTO LAFUENTE

CONTINUADA HASTA NUESTROS DÍAS POR D. JUAN VALERA

CON LA COLABORACIÓN DE

D. A. BORREGO Y D. A. PIRALA

Notable edición ilustrada con más de 3.000 grabados intercalados en el texto, comprendiendo la rica y variada colección numismática española.—Seis magníficos tomos en folio, ricamente encuadernados con tapas alegóricas.—Su precio **310** pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales.—Se ha impreso asimismo una edición económica de este libro distribuida en 25 tomos lujosamente encuadernados, a **5** pesetas uno.

NUEVA IMPRESION DE OBRAS NOTABLES

AMÉRICA

HISTORIA DE SU DESCUBRIMIENTO

POR Rodolfo Cronau

TRADUCIDA DIRECTAMENTE DEL ALEMÁN.—EDICIÓN ILUSTRADA.—TRES TOMOS ENCUADERNADOS

HISTORIA DE AMÉRICA

SU COLONIZACIÓN, DOMINACIÓN E INDEPENDENCIA

OBRA ESCRITA POR D. José Coroleu, CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

Cuatro tomos encuadernados con interesantes grabados intercalados

Con las obras de Rodolfo Cronau y de D. José Coroleu, se completa la Historia general de América desde su descubrimiento hasta la declaración de independencia de los diversos Estados que la constituyen.

Se venden a cinco pesetas tomo para los señores suscriptores a la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA y a pesetas seis para el público en general.



ESCUDO DE ARMAS DE HERNÁN CORTÉS

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 onzas para el bigote ligero). Para los brazos, emplearse el PILLORE, DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

Ayuntamiento de Madrid